

¡QUÉ MARAVILLOSO ES EL DON DE LA VIDA!

¿Dónde está el valor de la vida humana?

En que eres imagen y semejanza de Dios. Al ser creado, recibiste una chispa divina, que nadie puede darnos sino Dios. Y por tanto, nadie puede quitarnos la vida, sino sólo Dios, que es el Dueño de nuestra vida. Por eso, el que levanta la mano contra la vida humana ataca la propiedad de Dios.

Además nuestra vida humana y terrena es grande en vistas a nuestra vida eterna en el cielo. La vida humana es condición de la vida eterna, a donde estás llamado por Dios para gozar de Él eternamente. Por eso es tan valiosa a los ojos de Dios tu vida terrena, y por esto es también de un precio inestimable para ti que eres cristiano, porque es el tiempo de atesorar méritos para la vida eterna, que te ganó Cristo con su sangre, muerte y resurrección. San Jerónimo dijo en cierta ocasión que esta vida es un estadio para los mortales: aquí competimos para ser coronados en otro lugar¹.

Si has entendido esto que te he dicho, entonces comprenderás que la vida humana es una chispa que salta de Dios. Nadie tiene derecho a extinguirla. La vida humana aquí en la tierra es la posibilidad que Dios nos concede de alcanzar la vida eterna en el cielo. Nadie tiene derecho de despojarnos de ella.

Es Dios quien da la vida. Sólo Él puede quitarla².

Tu vida es bien noble. No puedes reducir la vida a lo que decía el filósofo ateo francés Jean Paul Sartre en su obra “La Náusea”: *“Comer, dormir; dormir, comer. Existir lentamente, dulcemente, como aquellos árboles, como una botella de agua, como el andén rojo del tranvía”*.

La vida nace en el seno del amor: un hombre y una mujer que se aman colaboran con Dios para dar a un hombre el mayor regalo: la vida, el paso de la nada al ser. ¡Qué noble ha de ser la vida humana si Dios nos da este don, en colaboración con tus papás!

Dios te ha dado la vida para poder entrar en comunión contigo. Por eso con la vida te ha dado una inteligencia para que le puedas conocer, y una voluntad para que le puedas elegir y amar. ¿Cómo vas a quitar la vida a un hombre, cuando está llamado a encontrarse con Dios y entablar con Él un diálogo en la fe y en el amor, a través de la oración y los sacramentos, aquí en la tierra; y después en la otra vida, mediante la visión cara a cara con Dios? No tienes ningún derecho a privar a un hombre de lo más noble que hay: conocer y amar a Dios aquí en la tierra, y gozar de Él después en la eternidad.

No compartimos de ninguna manera la visión de la vida que cuenta Papini, escritor italiano de inicios del siglo XX, al narrar esto.

Mi amigo Giuliotti me invitó a dar una vuelta, para conocer la población. Me hizo admirar una plaza triangular. En uno de los ángulos se erguía solitario un monumento en bronce: el navegante Juan de Verazzano. De cada lado del triángulo arrancaba un camino.

Juan me propuso:

- Tomemos este camino.
- Tomemos este camino -dije yo.

¹ San Jerónimo fue un sacerdote y doctor de la Iglesia que por su sabiduría y santidad llegó a ser uno de los Santos Padres de la Iglesia latina. Vivió a finales del siglo IV e inicios del siglo V. Escribió muchas cartas. Esta frase la he sacado de la Carta 22.

² Consulta Deuteronomio 32, 39.

El camino era de subida y estaba cubierto de grava entre álamos y viñedos. Recorrimos unos doscientos metros. Allí el camino terminaba al pie de un edificio largo y de color claro.

- ¿Qué es esto? -pregunté.

El amigo me explicó:

- Es el hospital.
- Entonces volvamos atrás.
- Volvamos atrás.

Llegamos de nuevo a la plaza triangular. Tomamos el segundo camino. Subía más empinado que el anterior, zigzagueando entre altas vallas y bardas caídas. Pronto llegamos delante de un zaguán y de un alto muro que encerraban un terreno blanco de lápidas, y negro de cruces. Inmediatamente entendí qué cosa era aquello.

- Volvamos al pueblo -dije.
- Volvamos.

Finalmente tomamos el tercer camino que también era de subida. Llegamos frente a una casona blanca, vieja y cerrada. Todas sus ventanas tenían rejas negras.

- Y esto, ¿qué es? -pregunté.
- La cárcel .
- Regresemos pronto.
- Regresemos.

Concluye Papini: esta población nos da una fiel imagen de la vida humana en el planeta Tierra. Los seres humanos desembocan en la enfermedad, o en la cárcel, y, en todo caso, en la muerte (*De una carta de J. Papini*).

Yo no estoy de acuerdo con Papini en este pensamiento, pues nuestra vida desemboca en la eternidad de Dios.

Te habrás dado cuenta cómo cada hombre aprecia su propia vida y la defiende al máximo; incluso los que se quejan de su vida están defendiéndola en el fondo, pues piden mejores condiciones para vivir, protestan porque quisieran vivir de otra manera.

Me viene a la mente la fábula de Esopo sobre el leñador que estaba ya harto de ir a buscar leña todos los días al bosque. Y un día, al regresar cargadas sus espaldas de leña se paró, dejó la leña en el suelo, maldijo su suerte e invocó a la muerte para que viniera y se lo llevara, pues ya no quería vivir más.

Y, ¿qué crees que pasó? Pues que se presentó la muerte con una guadaña y le dijo: - ¿Me llamabas, amigo? Y el viejo le respondió: - Sí, te llamaba para que me ayudes a cargar de nuevo este haz de leña, pues estaba cansado.

Y termina el fabulista: “Todo hombre es amante de la vida, aun en los momentos más desgraciados”.

Todos queremos vivir.

El problema nace a la hora de considerar la vida de los demás frente a los propios intereses. Así, por ejemplo, se prefiere recurrir al aborto antes que a la promoción de un recto uso de la sexualidad; se prefiere recurrir a la eutanasia antes que a un interés eficaz por los ancianos y los marginados; se prefiere recurrir a grandes campañas contra la natalidad en el tercer mundo antes que a planes eficaces de desarrollo y

colaboración económica; se prefiere el uso de la guerra y el terrorismo al diálogo y la confrontación democrática, y en general, la vida humana viene supeditada a otros intereses que tienen mucho menos valor.

Ante todo esto, tú debes proclamar y defender la dignidad de la vida humana. La dignidad del hombre es un valor absoluto, y la vida humana, un valor en sí misma que siempre ha de ser defendida, protegida y potenciada, independientemente de lo que diga la mayoría o los medios de comunicación o tu propia sensibilidad.

Por eso, no debes medir el valor del hombre desde un punto de vista industrial o comercial, como se hace hoy día. Así la persona humana es cotizada por su eficacia, y se considera al hombre más por el tener que por el ser. Ahí tienes **la concepción materialista de la vida**: vales por lo que produces y tienes, y no por lo que eres. Nunca debes aceptar esta concepción del hombre.

Fíjate a dónde te llevaría esta postura: porque eres minusválido, no sirves...se te puede matar; porque tuviste un accidente y quedaste hemipléjico, no sirves...se te puede matar; naciste con una deficiencia mental o corporal, no sirves...se te puede descartar ya desde el seno de tu madre; ya estás anciano y sufres mucho, no sirves...se te puede aplicar la eutanasia.

Debes alzar la voz fuerte contra esta injusticia y estos crímenes. El mandamiento de Dios es bien claro: “No matarás”.

Alza la voz como lo hizo el Papa Juan Pablo II en Denver el día 14 de agosto de 1993 a los jóvenes: *“Con el tiempo, las amenazas contra la vida no disminuyen; al contrario, adquieren dimensiones enormes. No se trata sólo de amenazas procedentes del exterior, de las fuerzas de la naturaleza o de los Caínes que asesinan a los Abeles; no, se trata de amenazas programadas de manera científica y sistemática. El siglo XX será considerado una época de ataques masivos contra la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas humanas inocentes. Los falsos profetas y los falsos maestros han logrado el mayor éxito posible”*.

Voy concluyendo esta parte. La vida humana es un don, es algo precioso que te es dado, que recibes gratuitamente de Dios a través de tus padres. En el camino de la vida adquieres la conciencia de ser una persona y también un sujeto individualizado e irrepetible. Desde el punto de vista cristiano, estás hecho a imagen y semejanza de Dios; tu vida procede del Ser Supremo y, por la creación, eres verdaderamente su hijo. Esta filiación es elevada sobrenaturalmente por el sacramento del bautismo, que te asocia a Jesucristo con una nueva creación y un nuevo amor.

De aquí procede la sacralidad de la vida humana, de tu vida humana. Este valor persiste durante toda tu existencia desde el inicio de la concepción en el seno de la madre, hasta su término natural en el momento de la muerte. Dios es el señor y el dueño de la vida de cualquier hombre y mujer.